

§ XXXVI

Conocer su firmeza para no resistirla imprudentemente

El conocimiento de ciertas inclinaciones de los Príncipes suele ser también un grande auxilio cuando se trata de tomar partido contra ellos, para poder juzgar si será ó no conveniente insistir en el designio que se ha formado, de reducirlos á su partido. Habiendo entrado en Florencia Carlos VIII, Rey de Francia, con sus tropas, á cara descubierta, desistió enteramente de la pretensión que traía con los Florentinos, de que le diesen un auxilio contra Alfonso, Rey de Nápoles, luego que le hizo ver Pedro Capponi que si para salir con su empresa hacía sonar sus trompetas, tocaría al instante á rebato Florencia: cuyas palabras dieron á entender al Rey de Francia, que los Florentinos estaban resueltos á mantenerse firmes en su propósito de no ayudarle; y con esto se vió precisado á tener que desistir de la empresa.

§ XXXVII

Fomentar las inclinaciones de los Príncipes ó trabajar en mudarlos, según fuere necesidad

En cuarto lugar, suponiendo que las inclinaciones engendran las máximas y que las morales pueden alterarse y degenerar fácilmente en inclinaciones físicas, las cuales son mucho más constantes, el Ministro político que conociese que le eran ventajosas ciertas máximas, podrá tirar á mantener la inclinación del Príncipe que las hubiese establecido, por algunos medios secretos, pe-

ro justos. Y si conoce que pueden establecerse otras que traerán más utilidad al Estado todavía, procura emplear el Ministro otros medios, no menos equitativos, para mudar y mejorar las inclinaciones del Príncipe y abolir ó derogar por este medio las máximas que hubieran resultado de las primeras, y substituir otras en su lugar.

§ XXXVIII

Conciliarse el amor de los Príncipes siguiendo sus inclinaciones

En quinto lugar, el mismo conocimiento de las inclinaciones de los Príncipes puede servir de medio al Hombre de Estado para ganarse fácilmente la amistad de los que estuvieren opuestos á sus designios; y cuando no llegase á conseguirlo, por lo menos le sería muy fácil disponerse y prepararse por este medio para todo evento, con alguna ventaja; pero siempre adquiriría luces para poder dirigir mejor y con más acierto sus ataques ó su defensa, si llegase á verse en este extremo.

§ XXXIX

Arreglar su conducta sobre las inclinaciones de los Príncipes

Y últimamente, con el auxilio de este mismo estudio podrá conocer el Estadista si los Príncipes son inclinados á la injusticia, á la tiranía y á la avaricia, y, por consiguiente, sabrá cómo ha de proceder con ellos. Y no temerá emplear toda la fuerza que le fuese posible, en favor de su país, á imitación del Emperador Carlos V, el cual, después que había sido dada á Pedro Luis Far-

nesio la ciudad de Plascencia sin su formal consentimiento, sabedor de que ejercía sobre ella una dominación tiránica, conmovió y alentó de tal modo á los mismos que se hallaban ya inquietos por sus excesos, que asesinaron á este tirano y arrojaron su cadáver por las ventanas: por cuyo medio volvió el Emperador á vindicarse y recobrar á Plascencia.

§ XL

De las razones que inducen al Hombre de Estado á tener que estudiar el carácter de los Ministros extranjeros

Hemos expuesto hasta aquí, las principales razones que impelen al Hombre de Estado á estudiar y conocer las inclinaciones de los Príncipes extranjeros. Resta exponer ahora las razones que deben inclinarlo á estudiar los caracteres de los Ministros.

§ XLI

Primera razón: los Príncipes no obran, regularmente, sino por sus Ministros

La primera razón es: porque nadie puede mudar á su arbitrio las inclinaciones de un Soberano, como los Ministros, por ser las personas de su mayor confianza, ordinariamente, y á quienes adhiere con más gusto en sus opiniones. Cuando un Príncipe establece algunas máximas que son demasiado fuertes y rigurosas, ninguno tiene tan á mano los medios de dulcificarlas y mitigarlas, como el Ministro; y si son demasiado flojas, ninguno es más apto que él para darlas vigor y fuerza. El Ministro es siem-

pre quien dirige la inclinación del Soberano, ya sea por el camino del rigor, ya por el de la clemencia, según lo exijan las circunstancias y la naturaleza misma de las cosas; así es, que teniendo el Ministro esta superioridad en las máximas generales que miran al interior del Estado, con mayor razón deberá tenerla en las máximas particulares que conciernen á la conducta que lleva el Príncipe con los demás Soberanos; y podrá moderar también en su Príncipe las inclinaciones que le fuesen más conocidas por el largo y frecuente trato con él; por lo cual es muy importante que el Estadista tenga bien conocido el carácter de los Ministros, por lo mucho que influye en el de los Príncipes, especialmente cuando no atienden éstos mucho á los negocios.

§ XLII

Segunda razón: apreciar bien las disposiciones actuales de los Ministros, para hacerlas favorables

La segunda razón que exige este conocimiento del Hombre de Estado, es la utilidad que puede sacar de él para saber, por ejemplo, si están tan adictos y atentos á su obligación que nada es capaz de distraerlos: ni la solicitud, ni los servicios recibidos, ni las promesas que les hagan, ni las ventajas que les ofrezcan, ni el mismo deseo de vengar cualquier género de ultrajes que hubiese padecido; siendo así que por sólo un motivo semejante de venganza, llamó Narzetta en Italia á los Longobardos, estando irritada contra la Emperatriz Sofía. Pero en todo lo demás debe ser pura y honesta la intención del Estadista en este género de investigaciones; porque,

sin cometer la menor injusticia, puede sacar utilidad de las inclinaciones de los Ministros, para inducirlos á que obtengan y consigan de su Soberano la abrogación de ciertas condiciones ó comisiones que juzgue no serles favorables á su país, y substituir otras alianzas más ventajosas en su lugar, etc.

Y así, conociendo bien el Estadista el fuerte y el débil de los Ministros extranjeros, verá claramente qué es lo que se puede esperar y cómo debe negociar con ellos; y verá también si debe entrarles por el amor de la obligación, ó si puede sacar en justicia algún partido de su flojedad, cuando no fuesen de una firmeza conocida.

§ XLIII

Otro conocimiento que es necesario también
al Hombre de Estado

Parece que hemos explicado con bastante atención y claridad la naturaleza de las inclinaciones, sus causas y los medios de conocerlas; y hemos probado al mismo tiempo, la necesidad que tiene el Estadista de este conocimiento. Por lo que hace á lo demás, es cosa peculiar y propia de su género, discurrir y profundizar más sobre los resortes secretos que hacen obrar á los hombres; y la misma conducta de éstos se los descubrirá; porque detenernos aquí en descubrirlos, sería un trabajo inmenso. Pero además de este conocimiento hay otro que no le es menos necesario, cual es el de los negocios y negociaciones de las Cortes extranjeras, el cual formará el objeto del capítulo siguiente.

NOTAS SOBRE EL CAPITULO XII

NOTA 1, § XIX, PAGINA 38

Un político moderno se tomó el trabajo de comparar generalmente las buenas y malas calidades de un Príncipe, con las de un Pueblo, y el resultado que sacó de esta comparación favorece mucho la opinión que quiso establecer Nicolás Donato; á saber: que en las Repúblicas hay un principio de constancia que no tiene tanta firmeza en las Monarquías. Pero no debe ser creído sobre su palabra solamente, un republicano que pretende sea más sabio, más constante, más humano, más fiel y más agradecido, un Pueblo que un Príncipe. Nosotros no tratamos, ni menos pretenderemos decidir aquí una cuestión no menos importante que delicada. Si queremos consultar á la Historia, nos suministrará una infinidad de ejemplos que, inclinando la balanza alternativamente por una y otra parte, dejarán suspenso al espíritu y no le permitirán pronunciar ni decidir cosa alguna.

Si Vespasiano pagó con una ingratitud tan grande los inmensos favores que mereció á Antonio Primo, que fué quien le entregó á Roma contra todo el poder de Vitelio; y si el Rey Fernando de Aragón maltrató con trabajos y desgracias no merecidas á Gonzalo Fernández de Córdoba, que le conquistó el Reino de Nápoles, la ingratitud del Pueblo Romano para con Scipión no fué menos asombrosa ni menos odiosa. ¡Qué nombre

se podrá dar al ciego furor que le hizo decir «que no podía verse libre una ciudad mientras mantuviese en sí algún ciudadano que pudiera hacer sombra á los Magistrados!» ¡Con qué colores no se puede pintar también la conducta de Francisco I, Rey de Francia, para con el desventurado Juan Jacobo Trivulcio! Este Mariscal, que sirvió con tanta dignidad y gallardía á Carlos VIII y á Luis XII, conservó á Milán á Francisco I y despojó al Español de las mejores plazas que poseía, tuvo finalmente la desgracia de serle sospechoso á su Rey, Francisco I, cuyo lunar borró en el Príncipe la memoria de cuantos servicios le había hecho un hombre tan valeroso. Viéndose Trivulcio despreciado por su Príncipe, y cargado al mismo tiempo con las deudas que había contraído para la subsistencia de los ejércitos que había mandado, hizo que lo llevaran en una silla á cierto paraje por donde había de pasar el Rey, sólo para probar si con dejarse ver de Su Majestad le podía arrancar algún sentimiento de justicia y de reconocimiento; mas no hizo alto el Rey, por haber visto y oído á este General, que lo llamó muchas veces su Príncipe, su bienhechor y su amo; y penetrado Trivulcio de dolor al ver lo que le había sucedido, enfermó en el mismo instante. Instruido el Rey de la causa de su enfermedad, mandó que procurase recobrar su salud y que una vez que convaleciese tomaría el mismo Rey en persona un cuidado particular en sus negocios y le aseguraría una feliz vejez. Mas llegó tarde esta prueba de bondad, y habiendo oído Trivulcio el recado de parte del Rey, respondió con voz moribunda, lo siguiente: «Decidle al Rey que le doy las gracias y que aumenta el mal que me ha hecho, con asegurarme tan tarde sus bondades; pero que, sin embargo de la dureza que tuvo para conmigo, no por eso dejaré de morir siendo su más humilde criado y servidor;» y estando diciendo esto, volvió la cabeza al otro lado y expiró al momento.

No hay cosa que equivalga ni iguale en atrocidad á este ejemplo, como no sea la insolencia del populacho de Londres, que se atrevió á brindar por la salud del caballo que había ocasionado la muerte de Guillermo III, uno de los mejores reyes, á quien respeta hoy y reverencia como á su glorioso libertador, esta misma Nación que se mostró entonces tan ingrata.

Pero todos estos hechos son muy bajos y viles para un hombre civil. No hay cosa más inconstante ni más mudable, que un vulgo. Muchas veces se le ha visto condenar á muerte á los que había aclamado poco antes públicamente, y en otras ha llorado por los que acababa de sentenciar á muerte. Los Reyes son más constantes en dispensar sus favores, y sin embargo, la rápida sucesión de favores y de desgracias, que tan pronto eleva como abate á los cortesanos, es uno de los mayores errores que pueden cometer los Príncipes contra la sana Política. Y esta misma inconstancia les hará perder muchas veces la confianza de los hombres sabios que son capaces de poderles servir y aliviarlos en las tribulaciones con sus consejos; y suele separar también y alejar de la Corte, á los buenos gobernados, por cuya ausencia quedan solamente en ella las cabezas ligeras y atolondradas que nunca reparan en el peligro á que se exponen.

Demetrio, que por sus triunfos y hazañas llegó á merecer el nombre de Conquistador de Ciudades y de Pueblos, había hecho muy buenos servicios á los Atenenses en varias ocasiones, y tratando de retirarse á Atenas cuando fué derrotado por sus enemigos, por creer que se refugiaba en una ciudad que le había de ser muy amiga por deberle tantas obligaciones, se halló con el chasco de que le cerrase las puertas y le pagase todos sus beneficios con una dureza é ingratitud increíbles: acción que le fué más sensible aún que la pérdida del ejército que acababa de padecer.

Habiendo sido derrotado igualmente Pompeyo, en la Tesalia, por César, quiso retirarse á Egipto y se refugió bajo el amparo de Ptolomeo, á quien había restituido antes al Trono; el cual, en recompensa de tan grande beneficio, mandó matar á este infeliz romano.

Me canso en repetir y amontonar hechos y fastos que han de hacer gemir por fuerza á la Humanidad. ¡Ojalá inspirasen tanto horror, que nunca, jamás, volviesen á ser renovados por los hombres! Aprendan los Príncipes y las Repúblicas, del sabio Aristóteles, á preferir la honestidad á la utilidad, ó más bien, á no reputar por verdadera utilidad sino lo que sea conforme á la pro-

bilidad y á la fe de las promesas. Perorando un día Temístocles á los Atenenses, les dijo que sabía un medio para hacer mucho bien á su país, y añadió, que lo callaría por no arriesgar que se malograra si lo descubría; pero al oír una proposición como ésta, el pueblo de Atenas dió comisión al instante á Aristides para que le oyese sus proposiciones y tomase luego las resoluciones que le pareciesen más conformes para el caso, y reconvenido Temístocles por Aristides, le reveló que la flota de toda la Grecia estaba en un paraje que se podía tomar ó destruir con la mayor facilidad, y aunque estuviese allí con la buena fe de los Atenenses, podía desatenderse muy bien esta delicadeza, por cuanto un golpe semejante los haría dueños absolutos de todas las demás Potencias de la Grecia. Informó Aristides al pueblo que la proposición de Temístocles era muy ventajosa verdaderamente, pero muy deshonrosa y muy contraria á la buena fe y á la probidad, é insistiendo en esto, la hizo desechar por unánime consentimiento del Pueblo.

NOTA 2, PAGINA 45

Es tenido y reputado comunmente por incontrastable, aquel principio que sienta, que conocer los intereses de los hombres con quienes se trata y se negocia, es conocer la conducta que tengan y el modo como se les debe tratar para poderlos atraer á los fines que se pretendan; y como no hay interés que más estimen los hombres que el de las pasiones, se puede afirmar con la misma verdad, que conocer las pasiones de los Príncipes y las de sus Ministros, es conocer la conducta que tendrán y guardarán en tal y tal circunstancia, y el modo como se ha de conducir todo el que quiera conseguir de ellos lo que desea.

Tratando Junón de persuadir al Dios de los Sueños de que le hiciese un servicio señalado, pero nocivo para él, cual era adormecer á Júpiter, no le prometió ni riquezas, ni crédito, ni poder al lado del Soberano del Olimpo, sino la á Ninfa Pasitea para casarse con ella, porque sabía que vivía enamorado de su belleza.

Y ved aquí un emblema sobre el modo de negociar con los

Príncipes y con sus Ministros. Cuando son conocidas sus pasiones, es fácil cogerlos por el lado de la debilidad que reina en ellos, y como se sepan aplicar bien los medios y las debidas precauciones, se conseguirá el efecto seguramente. Pero primero es menester ganarles el afecto y la estimación por medio de toda especie de obsequios, contemplaciones, condescendencias, prevenciones, y con ciertas atenciones finas que no deroguen en nada la dignidad del Ministro, ya sea aprobando su conducta, alabando su disposición y aire natural, sus luces y talentos, su sabiduría, su clemencia y su generosidad; ó ya tomando parte en todos los sucesos prósperos y adversos que le interesan. Pero en todas estas demostraciones es menester que brille más naturalidad que afectación, más dignidad que hermosura y más amor que adulación. Porque de otro modo, creyendo hacerle la corte, se envilecería torpemente y se ganaría el desprecio de todos, el que practicase semejantes bajezas.

Saber hacerse agradable á toda una Corte, introducirse en el corazón del Príncipe y ganar la voluntad de sus Ministros, es cosa muy ardua y de no poca habilidad; y si á esto puede juntar el hombre el estudio y conocimiento de las inclinaciones que les dominan, con poco trabajo que ponga, aunque no sea muy diestro en manejar corazones, podrá conseguir y hacer de ellos lo que gustase. Pero es menester proceder con mucho cuidado en el descubrimiento de las referidas inclinaciones, para evitar todo rigor y engaño; porque no sólo nos parece que hallamos por todas partes vivos retratos de nuestras personas y de nuestra conducta, sino que nos dejamos llevar también, con la mayor facilidad, de la aprensión, y suponemos en los demás muchas veces nuestros propios vicios y virtudes. Así es que el avaro está creyendo que cuantos le rodean son tan amantes y codiciosos del dinero como él, y vive persuadido de que el mejor modo de negociar con un Ministro, por ejemplo, es entrarle por la vía del interés; pero juzgar á los demás por una regla ó norma semejante, es exponerse á equivocarse continuamente; porque quiere uno tratar á las gentes del mismo modo que si estuviese tratando consigo mismo, y cae en mil errores á cada paso y se engaña miserablemente. Es menester juzgar á los hombres por ellos mis-

mos; para lo cual es preciso estudiar su carácter, conversar y tratar con ellos, y observarles y seguirles su conducta; porque el hombre se está retratando continuamente á sí mismo en lo que dice y hace, siempre que no lleve un interés particular en disimularlo.

Un negocio tiene siempre una infinidad de aspectos diferentes y conexiones, y es casi imposible que en un tropel de relaciones como el que presenta, no haya alguna bajo cuyo aspecto se pueda representar al Príncipe favorablemente y de un modo que le agrade, sea cual fuere su carácter. Por cuyo motivo, el buen negociante debe saber bien todo este mecanismo, para embelesar á los cortesanos y cautivar la atención de la Corte con quien trata. Su genio inventador debe crear algo, siempre que le parezca necesario, porque todo lo que se presenta con un semblante halagüeño y agradable, se hace estimar y apetecer, y siempre que se les haga desear á los Príncipes ó á sus Ministros el tratado que se quiera entablar con ellos, entrarán en él seguramente. El grande arte consiste en hacer ver el interés real y el relativo al mismo tiempo; quiero decir, el de sus inclinaciones favoritas, sin que se presuma por eso que se tira á seducirlos, porque se les presenten dos motivos de placer y de deleite que pueden reputarse dos anzuelos que les pescarían la voluntad seguramente, como no llegase á tener alguna sospecha por cualquier lado que fuese: ¿y qué sospecha pueden tener contra lo mismo que desean?

El medio de gobernar á los hombres y conducirlos á sus fines, es exaltar y conocer sus pasiones y entrar á cada uno por el lado que más le lisonjee el gusto. «Si queréis persuadir á un ambicioso—dice un buen negociante—proponedle honores, aplausos y dignidades á proporción de lo que deseéis conseguir y obtener de él. Si tratáis de negociar con un avaro, esforzaos en darle á entender que aumentará sus caudales y riquezas si abraza el partido que le proponéis. Si tenéis interés en concluir algún negocio con algún Príncipe vano, lisonjeadle la vanidad y representadle las calidades y respetos que más lo distinguen y recomiendan; y si negociáis con algún Príncipe enamorado, interesad su pasión en el suceso.

«Y este mismo negociante dice y asegura también, que ja más

ha encontrado otro método mejor para juzgar de las resoluciones de un Estado, que aplicarse á conocer el temperamento, el espíritu y el humor de los Príncipes y el de los principales Ministros que tienen á su cargo el manejo de los negocios.»—*El Caballero Temple en las Memorias que escribió sobre lo que ha pasado en la Cristiandad desde el año de 1672, en que empezó la guerra, hasta el de 1679, en que se concluyó la paz.*

CAPÍTULO XIII

AL HOMBRE DE ESTADO LE ES MUY ESENCIAL EL CONOCIMIENTO DE LOS NEGOCIOS Y DE LAS NEGOCIACIONES DE TODAS LAS CORTES

(«:»)